

opinión

Casi todos los adultos que toman decisiones económicas en nuestro país han convivido con la inflación en varios de sus años de vida. Teniendo en cuenta los últimos 80 años, sólo en 20 la inflación fue de menos de dos dígitos (incluyendo el trienio deflacionario 1999-2001).

Más aún, de los 60 años restantes, en 15 la inflación superó los tres dígitos, con la hiperinflación del 1989 y el 1990 como hitos por superar holgadamente los cuatro dígitos.

Más cerca en el tiempo, desde que en enero de 2022 el índice de precios al consumidor midió un aumento del 50,7% interanual, cada uno de los meses subsiguientes marcó una aceleración de la inflación anual, hasta llegar a los tres dígitos nuevamente en febrero de 2023 y, finalmente, ubicarse en 115,6% interanual en junio.

Para este ritmo inflacionario muy elevado y creciente, recientemente se acuñó el eufemismo "alta nominalidad" de la economía.

Este vínculo de larga data entre los argentinos y la inflación haría suponer que somos inmunes al fenómeno de la "ilusión monetaria". La ilusión monetaria se refiere a las situaciones en las que las personas malinterpretan los cambios en los valores monetarios nominales (por ejemplo, de salarios, jubilaciones o gastos de consumo), por no considerar el efecto de la inflación sobre las variables.

Todavía hoy algunos individuos se enfocan en los valores nominales en lugar de considerar el valor real (o el poder adquisitivo).

Este error en la toma de decisiones no es tan grave cuando la inflación es baja, pero toma dimensiones relevantes en períodos en que el aumento general y sostenido de los precios es de dos dígitos o más, cuando se desdibujan las funciones de unidad de cuenta y depósito de valor de la moneda nacional.

Asimismo, movimientos grandes de los precios en algunos rubros de bienes o servicios, mientras otros se mantienen artificialmente congelados, dan lugar a desajustes de precios relativos.

Desajuste en los precios relativos

Este es el caso reciente de Argentina, donde se eligieron como anclas inflacionarias el tipo de cambio y las tarifas de algunos servicios. En una economía de mercado, los precios relativos son la principal señal para la asignación de los recursos económicos. Un leve desajuste de precios relativos es esperable y hasta el normal reflejo de los vaivenes propios de los ciclos económicos, pero cuando el desacople es grande, da lugar a grandes errores en la asignación de recursos.

En este sentido, las malas decisiones podrían considerarse una "enfermedad" económica que, parafraseando la reciente nomenclatura, podemos llamar "nominalitis".

Estamos enfermos de nominalidad cuando comparamos el valor de bienes o servicios a precios corrientes, usando frases como "esta bebida que ahora cuesta \$ 500, en 2020 la pagaba \$100"; o cuando un comunicado de prensa establece que "el gasto en

LA ECONOMÍA

Nominalitis: la ilusión de la nominalidad



Ariel Barraud
Director del IIE, Bolsa Comercio de Córdoba.
Profesor UNC

jubilaciones es un 94,8% superior al del año pasado", sin hacer referencia inmediata a qué ocurrió con la inflación en el mismo período.

Padecemos el daño viral de la alta inflación si el precio de un electrodoméstico nos parece sensato, y cinco minutos después también nos parece razonable que nos demos cuenta de que en realidad estábamos sólo ana-

lizando el valor de una cuota (de 6).

Peor aun si no logramos discernir si el sobrepago cargado a través de la tasa de interés a dichas cuotas es compatible con la inflación que se medirá al terminar de pagar el bien, un semestre después.

Sufrimos los efectos de la "nominalitis" cuando comparamos alarmados el valor récord del último cierre

del dólar libre con el de inicios de este año, pero sin vincularlo con la evolución del IPC en el mismo período. Al momento de escribir esta columna, el valor del dólar blue había crecido en el año menos que la inflación.

Estamos afectados por la ilusión de la nominalidad cuando no medimos con la misma vara una misma evolución real.

Por ejemplo, la erosión del poder de compra de una baja nominal de un salario de un 15% con estabilidad (inflación del 0%) es la misma que la que ocurre si se otorgan "aumentos" del 98% frente a una inflación del 115,6%.

Sin embargo, la primera medida eyectó a un ministro de Economía en 15 días, mientras que en el segundo caso (la situación actual de los trabajadores informales y muchos jubilados) se considera viable que el ministro de la misma cartera sea un precandidato presidencial.

En concreto, la elevada inflación distorsiona y perturba las decisiones habituales y los proyectos económicos personales.

No sorprende que actualmente esté al tope de las preocupaciones de los argentinos, por lo que es clave cómo se diagnostique y ataque en los

diferentes proyectos colectivos que se ofrezcan a la sociedad en las elecciones de este año.

Un buen tratamiento

Son relevantes en este punto las diferentes visiones macroeconómicas acerca de las causas de la inflación y de los determinantes de su aceleración.

Identificar estos componentes no es tarea fácil, una vez que los mismos se plantean de manera simultánea y concurrente.

Hay cierto consenso en que la inflación actual en nuestro país es un fenómeno monetario explicado en buena medida por el financiamiento monetario de los desajustes fiscales y de la deuda pública.

Si bien el oficialismo no lo admite abiertamente, las propias medidas de esterilización del Banco Central sobre la cantidad de dinero emitido son la confirmación de que se acepta este diagnóstico, ya que retira todo lo que puede de la economía a través de endeudamiento vía Leliq, cuyos intereses generan otra ronda de emisión que se vuelve a retirar con una nueva ronda de endeudamiento.

Conviven con esta usina de inflación un grupo de regulaciones de precios, trabas y cepos económicos.

Si bien en algún momento pueden haber servido coyunturalmente para "pisar" el nivel de precios, fueron generando una serie de comportamientos y adaptaciones en la economía (destrucción de mercados, encarecimiento de insumos, dólares paralelos) que resultaron en la aceleración sin pausa de la inflación que se viene viendo en los últimos 18 meses, y una dispersión de las expectativas que hicieron metástasis en toda la economía.

Las propuestas de política económica que veremos durante los próximos meses tendrán como ingrediente principal los planes de control de la enfermedad que representa hoy la inflación corriendo en un nivel muy alto.

Los mismos deberán contemplar simultáneamente un ataque a las causas y a los mecanismos de transmisión de la suba de precios.

Las diferencias estarán en la visión política con la que se identifiquen estos componentes y la temporalidad de las medidas. Aunque ninguna propuesta debiera dejar de reconocer que posiblemente se haya superado el umbral por sobre el que el sendero particular de la reducción de la inflación es, en sí mismo, un generador de dificultades de política económica.

La indexación de contratos, salarios y jubilaciones a los valores actuales, pero sobre todo a los niveles esperados de inflación, hará que se requiera de una cuidadosa política de ajustes en las variables para encontrarles un anclaje a los precios, en un escenario optimista de búsqueda de consensos y alineación de expectativas.

Argentina cuenta con una vasta historia de intentos de estabilización y, lamentablemente, también de una dilatada experiencia en sus fallas, que procuremos que actúen como anticuerpos.

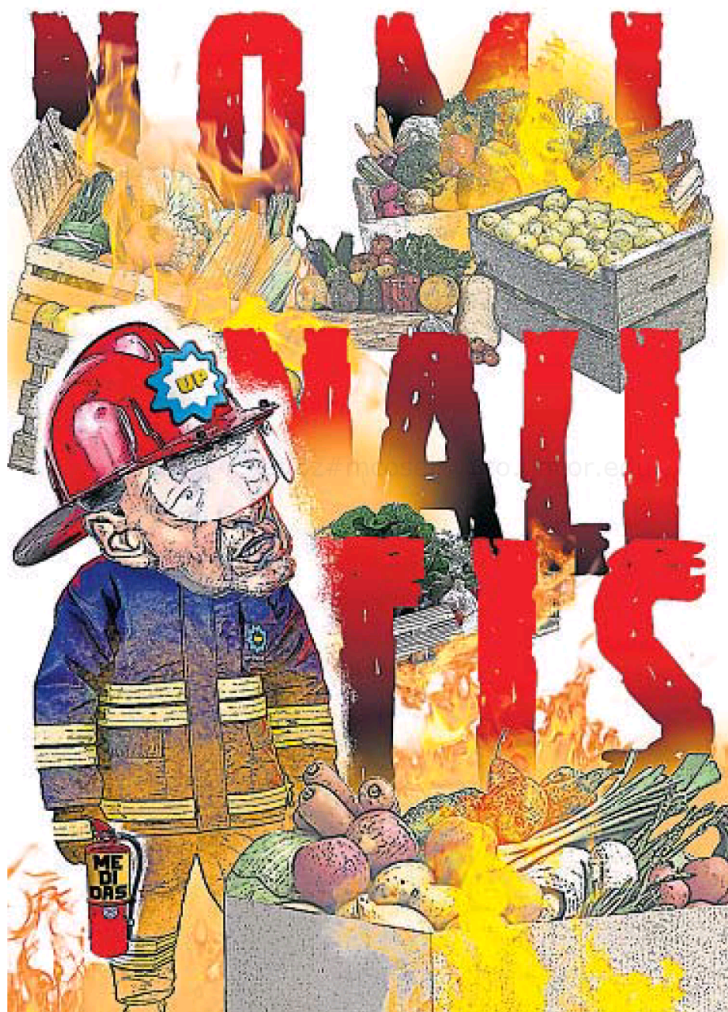


ILUSTRACIÓN: ENCZAMPIERI